BIOGRAFIAS

LUISA MICHEL

¡Luisa Michel! — Una cristiana al revés.

Anteayer, en el cementerio Père Lachaise, cuando la muchedumbre anarquista iba a linchar a un infeliz fanático que disparó contra ella, Luisa Michel repetía dulce y lagrimeante: "dejadlo, es un pobre loco, no ha querido hacer daño, no tenía intención de hacer daño".

Interponía su gran piedad entre el crimen del sectario y la cólera de la masa, como alzó su indulgencia entre aquél que quiso matarla y los rigorismos del código. Siempre heroica y buena, sufriendo en su propio cuerpo las heridas abiertas en los cuerpos de los otros.

No quiero hablar de ella como barricadera, oradora, ni literata, porque, bajo toda esa púrpura, yo no he sentido el aletear de su alma albina, de su alma de niña. En Luisa Michel veo, y alégrome de verla así, la mujer tan mal conocida, tan mal comprendida,—frecuentemente por su culpa, ya lo sé—, y por ello quiero la vea el pueblo en mis escritos, "siendo ella misma", con sus pequeñas manías, sus inmedibles virtudes y su don más femenino y personal: la bondad.

He dicho la bondad y no debéis ni sorprenderos, ni sonreiros. Esta petrolera es una abuelita que mece a los niños de pecho, cura a los viejecillos, vela y cuida a los heridos. Quien a ella se acerca, forzosamente se impresiona y la respeta. Los que separados de Luisa por el batallar político no la conocen o la conocen mal, son los solos capaces, por ignorancia, de insultarla o calumniarla.

Ella sabe esto; porque ella, la anarquista, tiene también su orgullejo. Al hablar de algún detractor, responde: ¿Quién? ¿Fulanito? No me conoce, se ha formado de mí un montón de ideas falsas. Si hablásemos tranquilamente una horita, acabaríamos por ser buenos amigos. Y añadía: "Si sólo fuese realista... nos podríamos entender".

Porque esa alma gigante, ama lo extremado, el albor de la nieve o el rojo incendiario de la siempreviva. Toda fe sincera le apasiona; toda convicción leal, la respeta, aunque esa fe y esa convicción sean antagónicas a las suyas. Desborda sus indignaciones en los del centro, aprovechadores del ajeno esfuerzo, los Thenardiers del parlamentarismo, los Thiers que venden a una reina y ametrallan un pueblo.

¡Pobre mujer! Desgraciada como la miseria, descarnada como el hambre, insexuada como el dolor, ¡qué pronto comprendemos, al verla con su ropa ferozmente negra pegada al asta de su cuerpo, la bandera que defiende!

Los caricaturistas la ridiculizaron; nuestro caballeresco pueblo se ensañó en verso, en prosa, en grabados, con esta proscrita que es mujer, desamparada y pobre. Los malignos y perversos, aguzaron vanamente sus chistes y sus odios; pluma y lápiz han resbalado por esa epidermis bronceada por el sol de Nuinca, provocando el cosquilleo, padre de la risa. Yo sé que algunas tardes, Luisa Michel, no hallando hambrientos, empleaba sus últimos céntimos en la compra de sus caricaturas, para pegarlas en la pared de su cuarto, asegurando la alegría por toda una semana. Porque los labios de la Michel son reidores, y cuando esa pitonisa desciende del trípode, sirve en las avanzadas del buen humor.

Dije era una desgraciada y hablé injustamente. Perdón, una mujer no suele hacer justicia a otra mujer. Cuando los ojos lucen y ríen los labios con buena sonrisa, con chisporroteo de ironía y de ternura, nadie puede hacer acusación de desgracia.

Las fotografías callejeras de Luisa Michel, dan únicamente sus trazos, una arquitectura de jaula estrafalaria, de la que, como un pájaro, voló el alma, poniendo en Luisa escorzos de ogra o marimacho. ¡Un marimacho la que burlea a los burgueses del tranvía Lerallois-París, esos burgueses con pátina de pequeños rentistas, que siempre machacan en la eterna conversación sobre la localidad y sus vecinos! En un momento dado, Luisa se aventura:

—Pero oiga, caballero, ¿no habita en la comarca un horror de mujer?... ¿Cómo la llaman?... Esa que quiere matarlo todo...

—¡Ah, sí! Luisa Michel.

—Eso mismo.

—Sí, señora, sí: la presencia de esa mujer desentona en estos parajes.

—¿No se la podría expulsar?, pregunta ingenuamente Luisa.

—Esa pregunta os honra, señora. Tenemos los mismos sentimientos. Desgraciadamente, la ley tiene lagunas...

—¡Es posible!...

La conversación dura hasta la calle de Víctor Hugo. Luisa Michel, preparada sobre el estribo para bajar, torna la cabeza hacia el pequeño rentista, confundido en salutaciones a una persona tan sensata, y con un gesto de Gavroche:

—Caballero, ¡yo soy Luisa Michel!

El burgués cae de espaldas y mientras el cobrador lo recoje de debajo el asiento, Luisa entra en su casa, sentándose en la escalera para reir más a gusto.

—

En su casa.

Quisiera llegasen a este pobre domicilio los acusadores que han voceado vive de la propaganda, de sus conferencias. No pasarían el dintel, sin quitarse los sombreros: ¡lo juro!

La vivienda del obrero más explotado, la celda del carmelita más claustral, el retiro del hombre de ciencia, no ostenta más indiferencia por todo lo que hace de la vida una comodidad y un encanto.

Una pieza estrecha, a la entrada, con oficios de vestíbulo, sala y comedor, luciendo una mesa central redondeada y cuatro o cinco sillas; una maleta en un riconcejo y una estufa de hierro colado en otro. Después, un cuarto no más amplio que el interior de un ómnibus, con un lecho como camilla de hospital, una silla y una rinconera abrumada de libros. La cocina chiquitita, un nicho para dos personas. Y nada más. ¡Pero qué lujo de animales! Los admirables gatos traídos del arroyo, botan, corretean, curvean los lomos en espera de colocación. Luisa no se ha reservado más que 2 verdaderamente incolocables: el uno por el hábito de buscar el calor de las bujías que lo chamuscan perfumando la casa; el otro, porque "tiene un carácter de perro". Y cuando se le reprocha por guardar ese gozquejo legañoso y maullón, arguye cariñosa: "¡Pobre animalito, con semejante traza a dónde queréis que vaya si yo no lo recojo!"

Dadivosa singular, que da su poco dinero a más miseriosos que ella; que reparte sus vestidos a las andrajosas; que parte su pan con los mendigos y recoge las migajas para sus desheredados de cuatro patas, yo desearía llegasen hasta esta habitación sus negadores, para ver a esta obrera creyente y pensadora...

Digo pensadora, no librepensadora. Luisa Michel ha sido cristiana, y, aunque ella no quiera, lo recuerda. Su fraseología está llena de reminiscencias; habla del infierno de los pobres y del paraíso de los ricos y levanta los ojos al cielo cuando anuncia una esperanza.

Ha pasado por el catolicismo, y creo que los que por él cruzaron entre incienso y cánticos y armonías, conservan eternamente la gracia y la ternura. Ved la rigidez luterana y pensad en las niñas que saldrán de sus templos fríos y de sus institutos.

Ninguna se resiente tanto de sus orígenes como esta Luisa, de quien me decía una hermana de la caridad:

—¡Cómo nos disgustamos el día de su marcha! Tenía vocación. ¡Qué gran desgracia que la hayan desviado!

Severine.

París 1893.

tad ajena a la suya, no puede sacudir su inercia, no hace nada sino cuando se lo ordena otro.

Difícilmente podrá haber una fuerza más insidiosa y más disolvente para el desarrollo del carácter humano que el producir, por medio de la educación actual, constantemente, hábitos de servidumbre. Esos hábitos se han inculcado mayormente a la mujer en su relación con el hombre.

La dependencia de la mujer al favor personal del hombre ha producido una excesiva habilidad de adaptación. Ha visto la mujer en el hombre la seguridad de su pan para el futuro. Esa dependencia ha dado a la mujer hábitos de servidumbre, que sólo los pierden las mujeres que se van bastando a sí mismas, con su propia e independiente actividad económica.

A la mujer se le niega la libertad física, la libertad mental y la libertad moral. La vida será mejor cuando los hombres y las mujeres tengan iguales derechos y deberes, cuando vivan en una condición de igualdad en sus relaciones económicas. Entonces, tendremos un mundo mejor.

Carlota Perkins Stetson.

El matrimonio y el amor

Se hace verdaderamente necesario probar que el amor puede y debe ser libre.

El amor, los pintores nos lo representan en sus exposiciones, como a un bello niño alado con los ojos vendados, y los poetas, en sus cantos alegres, fantásticos o tristes, nos lo muestran caprichoso, veleidoso, cambiante, siempre en busca de horizontes y sensaciones nuevas.

...¡El amor es un niño bohemio!

Esta es la verdad. Ninguno de nosotros puede responder de la estabilidad del amor. Más que todos los sentimientos del ser humano, él es voluble y fugaz, porque solamente es una manifestación del corazón; más todavía un deseo de los sentidos y una necesidad física.

¡Que no se confunda el amor con el matrimonio! El matrimonio es una conveniencia social y el amor es una ley natural.

El matrimonio es un contrato y el amor es un ayuntamiento carnal voluntario.

El matrimonio es una prisión y el amor es una expansión regocijante.

El matrimonio, en una palabra, es la prostitución.

Para que el amor conserve su bondad, su belleza y su dignidad, debe ser libre, no pudiendo ser más que cuando esté regido por una sola ley, no debiendo haber sobre su capitulo de consideraciones de orden material y moral, más que lo siguiente: Dos seres se aman, se desean, ellos deben tener el derecho de darse el uno al otro sin que ninguna razón extraña a sus deseos intervenga entre ellos; como también deberán tener el derecho absoluto de dejar de donarse el uno al otro el día que dejen de amarse, cuando ya no se deseen.

Y reafirmo: el día que dejen de amarse y que no se deseen porque estas dos cosas son distintas.

Se puede dejar de desear a una mujer y amarla todavía; dejará de quererse a la amante y quedar fiel a la amiga. Es éste un caso psicológico muy reconocido y es por lo que yo insisto más aún sobre el lado que tiendo a insistir, que es el lado de la cuestión que concierne a la mujer.

Para la mujer está generalmente admitido que la vida sexual es nula o subordinada a la de su compañero, (legal o ilegal) que a ella le ha tocado. Ella debe vivir y sentir por él pasión si él lo es; aparentar indiferencia si en él nota frialdad.

Hasta hoy el hombre ha considerado el deseo sensual como cosa para la cual él debe regirse escencialmente, rehusando reconocer en la mujer un ser moral y físicamente organizado como lo sea él mismo.

Esta es cuestión que ya bordearé ante todo dentro del estudio **El amor libre** que dejo para otra oportunidad.

Magdalena Vernet.

Machos, pero no hombres, Hembras, pero no mujeres

Observando el vasto escenario social, en el que todos, más o menos, somos actores y protagonistas de la gran tragedia humana, podemos comprobar cuán lógica, aplastante y cierta, resulta todavía, a pesar de los siglos transcurridos, aquella amarga y punzante ironía de Diógenes, cuando en pleno día encendía una linterna para buscar un hombre.

¿Qué buscas, Diógenes? — le preguntó uno — al enterarse que bajo los ardientes y luminosos rayos solares llevaba una linterna encendida y la dirigía afanosamente a todos los lugares, como buscando algún objeto perdido. Y Diógenes le respondió con toda naturalidad: "Busco un hombre".

Diógenes buscaba un hombre donde habían miles de miles que llevaban pantalones y los atributos naturales que distinguen al sexo masculino del femenino.

¿Verdad que esto es una ironía? Una ironía, sí; pero una ironía mortificante, preñada de veracidad, elocuente, por lo mismo que no puede ser desmentida.

Los hombres son pocos, poquísimos, lo cual justifica que Diógenes encendiera su linterna para buscar un hombre. Pues, los que abundan son los machos.

Para hallar una mujer habría que hacer lo de Diógenes: encender una linerna. Pues, escasísimas son las mujeres y superabundantes las hembras.

Machos y no hombres son los que viven conformes en este régimen de latrocinios, los que obedecen ciegamente, los que se dejan explotar lacayunamente, los que doblan la cerviz ante el látigo del verdugo, los que soportan las miserias y bajezas estoicamente, los que se regocijan o agradecen con engullir un asqueroso bodrio, vestir harapos y dormir malamente, los que no sienten las palpitaciones ardientes de ideales justos y libres, los que ignoran las satisfacciones morales y espirituales.

Son hombres y no machos, los que bregan por su perfeccionamiento integral, los que aman la vida libre, los rebeldes a todas las rutinas y convencionalismos, los que no quieren mandar ni ser mandados, los que no anhelan ser explotadores ni explotados, los que no callan el crimen ni doblegan la cerviz ante el verdugo, los que no se desposan con la tiranía, los que juegan su libertad y su vida por la liberación total de la especie humana. Esos son hombres, los únicos que tienen derecho a llamarse tales.

Son hembras y no mujeres, las que aceptan resignadamente la esclavitud odiosa del marido y de la sociedad, las esclavas del hogar y del que dirán, las que viven en consorcio íntimo con el espejo y el afeite, las que aceptan la vida tal cual la han conocido, las que nada hacen para librarse de la tiranía conyugal y del despotismo social, las que viven aferradas al pasado y se satisfacen con dormir, ataviarse y comer cualquier cosa.

Son mujeres y no hembras, las que frente a los hombres y a la sociedad proclaman la igualdad de derechos y deberes, las que no aceptan la pretendida inferioridad de la mujer, las que no admiten que el hombre use y abuse de su personalidad, las que coadyuvan a la demolición de la sociedad burguesa, las que aportan sus entusiasmos y sus servicios a la Revolución Social, las que sienten en el corazón y llevan en el cerebro la chispa radiante de los ideales fraternales y humanos. Esas son mujeres, las únicas que tienen derecho a llamarse tales.

Hay machos, pero no hombres; hembras, pero no mujeres. Hombres y mujeres faltan en todas partes, como superabundan en todas partes machos y hembras.

Trabajemos, pues, por el acrecentamiento de los hombres y la disminución de los machos; por la multiplicación de las mujeres y la reducción de las hembras.

Por la revolución y la anarquía, compañeros, guerra a las hembras y a los machos.

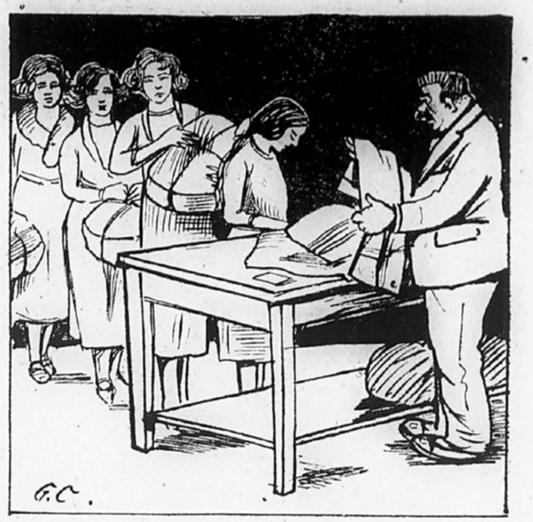
Lutecia Gorky.

Iquique, junio, 1924.

NAPALEOFU

En este pueblito hay como una especie de gobierno en embrión, una delegada y un delegado de la comuna de Balcarce. La señora, la "delegada", atiende la correspondencia: clasifica, retira y envía a su destino la que le place. NUESTRA TRIBUNA ha caído bajo la censura de esta señora delegada. De ahí que a los suscriptores de ese pueblito no le llegue el periódico quincenalmente con su debida puntualidad.

Participamos a esa señora delegada que desista de retener en su censura a NUESTRA TRIBUNA y respete el derecho inviolable de sagrada correspondencia, pues de lo contrario tomaremos las medidas pertinentes que el caso reclama.



Estas pálidas obreritas que suelen ir los sábados al "registro" a entregar el producto de su trabajo semanal, pasan la mayor parte del día encorvadas sobre la máquina de coser, gastando sus energías y malogrando su salud.

En cambio, las otras, las niñas de sociedad, invierten sus "horas domésticas", en afeitarse los sobacos, depilarse, perfumarse el cuerpo, lustrarse las uñas, pintarse el rostro y ensayan posturas ante el espejo y hablar por teléfono de trivialidades amorosas con algún niño bien o con el fraile de la parroquia...

(De "El Peludo").

Psicologías de la gran urbe

EL GUARDA.

No describiré de él sus buenas o malas aptitudes de su trabajo cotidiano. Su cultura y su comportamiento con el público es lo que me induce a escribir estas líneas.

En el conjunto numérico del público está incluida una insignificante minoría de personas. Estas, por su acentuada cultura, son dignas del mayor respeto, ya que cualquier grosería vendría a herir la sensibilidad de sus sentimientos, pero, aunque el público en general no es culto hasta la sensibilidad de sus caros sentimientos, es, no obstante, digno del mismo respeto que se prodiga a los más eximios representantes de la cultura, puesto que es sumamente humano el respeto mutuo de los seres, máxime los que, por su clase de trabajo, vénse obligados a servir diariamente al público.

Los guardas gozan actualmente del mismo prestigio que gozaban otrora los carreros: "mal educados". Y no es esto un dicho popular. Su comportamiento diario con el público lo atestigua fehacientemente.

Viajaba días pasados en un tranvía de la línea 48 y como iba el coche completo quedéme parada a un margen de la plataforma. Al guarda de dicho coche se le había puesto entre ceja y ceja no hacer subir ninguna mujer y sí a hombres. En cada esquina, como quisieran subir mujeres, se despachaba el hombrecito éste con terminitos sumamente indecentes e indignos.

—"Mujeres de mier... no sirven más que para hacer perder tiempo"...

En otra esquina repetía lo mismo. Y si alguna mujer con sombrero intentaba subir, entonces sí que su exasperación era mayúscula: masculladas una frase indecente y se ponía nervioso hasta el paroxismo.

—"Completo... completo... al acoplado... no siente..., qué mier..."

Y tocaba el hombrecito cuatro campanillazos fuerte, con nerviosidad extrema. Como no parara en su tren de insolencias, dijele: "Dígame, señor guarda: ¿es su misión insultar a las personas que en todas las esquinas intentan subir? ¿Es su trabajo faltar el respeto a las señoras y señoritas, que al igual que los hombres salen de sus respectivos trabajos para trasladarse a su querido hogar? ¿Quisiera Vd. explicarme por qué profiere esos insultos a personas a las cuales debe respetar?

No contestó. Ante las miradas de los pasajeros, púsose de mil colores. Solamente balbuceó: "Es que vamos atrasados, señorita".

Que todos los guardas son de esta pasta, no afirmo; pero que en su totalidad son malos educados, sí.

Y todo reside en la cultura, en la educación.

EL MOTORMAN.

De la misma manera que el guarda falta al respeto y mira oblicuamente a los pasajeros, lo hace el motorman con los carreros y chauffeurs, y éstos viceversa con él.

El motorman odia al carrero por tradición histórica. Y el carrero, por las pretensiones y el poco culto comportamiento del motorman — aunque los de este gremio también dejan mucho que desear en lo referente a cultura — lo odia también a muerte. Son dos odios tradicionales que las condiciones del trabajo colocó uno frente al otro. Diariamente vemos estallar estos odios reconcentrádos en los hombres de estas dos profesiones en las calles más centrales de la gran urbe.

Unas veces, pocas, suelen originarse una especie de tragedia, y otras, ridículos sainetes callejeros cuyos únicos protagonistas son el motorman y el carrero, y el chauffeur, alguna que otra vez.

Imagináos un tranvía y ante él un carro en dirección a la vía que no puede hacerse a un lado porque el tráfico es numeroso y compacto. Veréis de pronto al motorman nervioso, molesto, exasperado, ya, tocando insistentemente la típica campanilla. El carro no puede aún hacerse a un lado porque otros vehículos se lo impiden. Entonces el motorman vocifera, grita, toca la campanilla a rebato, recrimina, gesticula. Cuando el carro empieza a hacerse a un lado, el motorman lo roza con el coche y... ahí entonces empieza el sainete:

—Desgraciado... atorrante... sinvergüenza... ahora nomás me bajo y te rompo el alma... lo hace a propósito... ya te conozco...

Y el carrero que, por su tradición pendenciera, cuando no desafía a pelear espera que lo inviten, baja del carro látigo en mano y el motorman con su típica manija. Están juntos. Gruñen como viejos. Lanzan interjeciones al aire. Dícense palabras gruesas. Se amenazan... pero la sangre no llega al río...

Interviene la policía. Se bajan del coche los pasajeros. Se produce una aglomeración de público. Y allí termina el sainete.

Son cuadros edificantes de cultura, pero, momentáneamente, los guardas y motormanes, se preocupan más de la jubilación que de instruirse y respetar al público.

EL ODIO AL MAESTRO.

Días pasados fuí a Belgrano a visitar a unos parientes. Ahí un primito mío que tengo predilección a los otros que converse conmigo. ¡Tiene una voz tan timbrada, una vocalización tan clara, una expresión tan bella, que lo prefiero a los otros para conversar!

Como no teníamos tema para conversar e ir matando el tedio de la visita, preguntéle si progresaba en la escuela, qué clasificación tenía, cómo se portaba, qué tal era la maestra, y otras menudencias del tenor. Entablamos conversación y contestóme:

—Tengo, hasta ahora — me dice — buena clasificación; me porto bien, también; pero tengo una maestra desgraciada...

No sé, a mí que me fascina su vocalización, pareciómе esta palabra tan mal vocalizada, casi una interjeción: "pero la maestra es desgraciada"...

—Dime, Oreste, ¿por qué tratas así a tu maestra? ¿No sabes, que aunque de vez en cuando te suela dar una reprensión o un reto, no es merecedora de ese calificativo y sí, en cambio, de todos tus respetos de alumno hacia la maestra?

Me miró de soslayo, y avergonzado y con respeto, díjome:

—Tenés razón, Aurora, otra vez no usaré esa frase, pero, muchas veces, la he dicho delante de papá y mamá y nunca me han reprendido; dije así a la maestra, acordándome de los pelliscones que me da a mí y golpes de regla que da a otros niños, y que nos deja muchas veces solos en clase para ir a conversar en rueda con las demás maestras...

Una interrogación se anudó en mi garganta como nudo gordiano: ¿será el proceder de la maestra que hace decir a mi primito y otros muchos alumnos esa palabra poco culta? Me respondí que sí, al recordar la superficialidad con que la mayoría de las maestritas educan a los niños. La grosería, los pelliscones y los punterazos y los golpes de regla, sustituyen la dulzura, la persuasión y el razonamiento del educando y el docente en la enseñanza.

La psicología de la totalidad de los alumnos está en el odio al maestro y nunca a la enseñanza. ¿Dónde está la causa que los niños traten así a sus educadores?

Aurora D. Castillo.

Buenos Aires.

FOLLETOS EN VENTA

A las compañeras que tengan ansias de elevar su mentalidad, le recomendamos la lectura de los siguientes folletos que tenemos en venta en nuestra administración.

Huelga de Vientres, Bulffi	$ 0.20
Generación Consciente, F. Sutor	„ 0.40
La Mujer, Teresa Claramunt	„ 0.15
Los crímenes de Dios, Faure	„ 0.15
Contestación a una creyente, Faure	„ 0.15
Degeneración de la especie humana, Robin	„ 0.15
La mujer esclava y la mujer pública, Chaughi-Robin	„ 0.15
A las mujeres, J. Prat	„ 0.20
Inmoralidad del matrimonio, Chaughi	„ 0.15
El porvenir de nuestros hijos, Recluz	„ 0.15
La mujer en la lucha social, G. Díez	„ 0.10
Mis Proclamas, Juana Rouco	„ 0.20
La juventud en marcha, Teresa Maccheroni	„ 0.20
Cartas a una mujer, Luis Fabbri	„ 0.50
La conquista del pan, Kropotkin	„ 0.50

Todos los pedidos deben venir acompañados de su correspondiente importe, más $ 0.20 para franqueo.

GRUPO A. "EL SEMBRADOR"

Anhelando contribuir a la cultura de la humanidad, un grupo de compañeros voluntariosos han constituído el centro que sirve de epígrafe a esta nota. Albergando el sublime ideal de la anarquía, nos proponemos desarrollar una cultura vasta en nuestro campo, en la creencia que aportaremos a los compañeros y agrupaciones, toda clase de lectura anarquista, que se ha escrito y que se escribe. Tenemos semilla anarquista para quien la solicite. He aquí nuestros propósitos por los cuales nos sumamos a trabajar por la anarquía. Correspondencia y valores a Rosario Rametta — Galicia 739 — Piñeyro — Avellaneda, F.C.S.

NOTA — A $ 0.20 tenemos en venta las siguientes obras: "La religión y la propiedad terrena", por Tolstoy; "La sociedad del porvenir", por Grave; "Lo que son los yerbales", por Barret; "La anarquía ante los tribunales", por Gori; "Dios y el Estado", por Bakounine.